



ESPECIAL JÓVENES



ABRIRSE A DIOS EN LA ORACIÓN

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – Nº 16, 20 de enero de 2013

Dad espacio en vuestra vida a **la oración**. Está bien rezar solos, pero es más hermoso y fructuoso rezar juntos, porque el Señor nos ha asegurado su presencia cuando dos o tres se reúnen en su nombre (cf. Mt 18,20). Hay muchas formas para familiarizarse con Él; hay experiencias, grupos y movimientos, encuentros e itinerarios para aprender a rezar y de esta forma crecer en la experiencia de fe.

Participad en la liturgia en vuestras parroquias y alimentaos abundantemente de la Palabra de Dios y de la participación activa en los sacramentos. Como sabéis, culmen y centro de la existencia y de la misión de todo creyente y de cada comunidad cristiana es **la Eucaristía**, sacramento de salvación en el que Cristo se hace presente y ofrece como alimento espiritual su mismo Cuerpo y Sangre para la vida eterna. **¡Misterio realmente inefable!**

Alrededor de **la Eucaristía** nace y crece la Iglesia, la gran familia de los cristianos, en la que se entra con **el Bautismo** y en la que nos renovamos constantemente por el sacramento de **la Reconciliación**. Los bautizados, además, reciben mediante **la Confirmación** la fuerza del Espíritu Santo para vivir como auténticos amigos y testigos de Cristo, mientras que los sacramentos **del Matrimonio y del Orden** os hacen aptos para realizar vuestra vocación en el mundo y en la Iglesia. **La Unción de los enfermos**, por último, nos hace experimentar el consuelo divino en la enfermedad y en el sufrimiento.

Un ejemplo gráfico de lo que significa alejarse del camino de la muerte y reemprender el camino de la vida, se encuentra en el relato del Evangelio que seguramente todos conocéis bien: la parábola del hijo pródigo. Al comienzo de la narración, aquél joven dejó la casa de su padre buscando los placeres ilusorios prometidos por los falsos “dioses”. Derrochó su herencia llevando una vida llena de vicios, encontrándose al final en un estado de grane pobreza y miseria. Cuando tocó fondo, hambriento y abandonado, comprendió que había sido una locura dejar la casa de su padre, que tanto lo amaba. Regresó con humildad y pidió perdón. Su padre, lleno de alegría, lo abrazó y exclamó: *Este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado* (Le 15,24).

Es probable que alguno de vosotros hayáis experimentado personalmente lo que vivió aquel joven. Tal vez, habéis tomado decisiones de las que ahora os arrepentís, elecciones que, aunque entonces se presentaban muy

atractivas, os han llevado a un estado más profundo de miseria y de abandono. El abuso de las drogas o del alcohol, participar en actividades nocivas para vosotros mismos, podrían aparecer entonces como la vía de escape a una situación de dificultad o confusión. Ahora sabéis que en vez de dar la vida, han traído la muerte. **Hay que reconocer el coraje que demuestran aquellos que estando en esta situación penosa han decidido volver al camino de la vida**, precisamente como el joven de la parábola.



En el camino de la vida, que no es fácil ni está exento de insidias, podréis encontrar dificultades y sufrimientos y a veces tendréis la tentación de exclamar con el Salmista: *Humillado en exceso estoy* (Sal 118 [119], v. 107). No os olvidéis de añadir junto a Él: *Señor dame la vida conforme a tu palabra... Mi alma está en mis manos sin cesar, mas no olvido tu ley* (ib. vv. 107.109). La presencia amorosa de Dios, a través de su palabra, es antorcha que disipa las tinieblas del miedo e ilumina el camino, también en los momentos más difíciles.

Alguno de vosotros podría tal vez identificarse con la descripción que Edith Stein hizo de su propia juventud, ella, que vivió después en el Carmelo de Colonia y fue llevada posteriormente a un campo de exterminio nazi, narra: **«Había perdido consciente y deliberadamente la costumbre de rezar»**

Quisiera decir a todos insistentemente: **Abrid vuestro corazón a Dios**. Dejaos sorprender por Cristo. Dadle el “derecho a hablaros”. Abrid las puertas de vuestra libertad a su amor misericordioso. Presentad vuestras alegrías y vuestras penas a Cristo, dejando que él ilumine con su luz vuestra mente y toque con su gracia vuestro corazón. Haced la experiencia liberadora de la Iglesia como lugar de la misericordia y de la ternura de Dios para con los hombres. En la Iglesia y mediante la Iglesia llegaréis a Cristo, que os espera.

Os invito a buscar cada día al Señor, que sólo desea que seáis realmente felices. Entablad con él una relación intensa y constante en **la oración** y, en la medida de vuestras posibilidades, encontrad momentos propicios en vuestra jornada para permanecer exclusivamente en su compañía. Si no sabéis cómo rezar, pedid que sea él mismo quien os lo enseñe e implorad a su Madre celestial que ore con vosotros y por vosotros. El rezo del rosario puede ayudaros a aprender el arte de la oración con la sencillez y la profundidad de María.

Es importante que en el centro de vuestra vida esté la participación en **la Eucaristía**, en la que Jesús se entrega a sí mismo por nosotros. Él, que murió por los pecados de todos, desea entrar en comunión con cada uno de vosotros, llama a la puerta de vuestro corazón para daros su gracia. Id a su encuentro en **la santa Eucaristía**, id a adorarlo en las iglesias y permaneced arrodillados.

Benedicto XVI.- Documentos y JMJ